

LAN-KOADERNOAK CUADERNOS DE TRABAJO WORKING PAPERS

**MOVIMIENTO DE MUJERES:
NUEVO SUJETO SOCIAL EMERGENTE
EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE.**

Clara MURGUIALDAY

Clara Murguialday, economista vasca y experta en temas de mujer y desarrollo, trabajó durante algunos años como asesora del Departamento de la Mujer de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) en Nicaragua. Posteriormente ha desarrollado su labor en los países del Cono Sur Latinoamericano como coordinadora de Programas de Mujer del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Fruto de toda esta labor son numerosos trabajos, artículos y conferencias tanto en América Latina como en Europa, estando prevista para las próximas semanas la aparición de su libro titulado: **Nicaragua: Revolución y Feminismo (1979 - 1985)**.



Centro de documentación e investigaciones sobre países en desarrollo

Facultad de Ciencias Económicas
Avenida del Ejército, 83
Tfnos. 447 35 12 - 447 16 08
48015 BILBAO

Antigua Escuela de Magisterio
Avda. Ategorrieta, s/n
20013 DONOSTIA - SAN SEBASTIAN

Fray Zacarías, s/n
Tfnos. 16 11 00 -ext.1229
01001 GASTEIZ - VITORIA

**MOVIMIENTO DE MUJERES:
NUEVO SUJETO SOCIAL EMERGENTE EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE**

CLARA MURGUIALDAY

Cuadernos de Trabajo de HEGOA
Número 1
Octubre, 1989

CUADERNO DE TRABAJO DE HEGOA es una publicación interna destinada a difundir los trabajos realizados por los colaboradores o con ocasión de las actividades organizadas por HEGOA, así como aquellos textos que ayuden a la comprensión de los problemas de los países en desarrollo y sus relaciones con los países desarrollados. Esta publicación está subvencionada por el Gobierno Vasco dentro de su programa de ayuda al desarrollo.

INDICE

	Página
I Desarrollo desigual y marginador, también contra las mujeres	6
II El impacto de la crisis económica en el cotidiano femenino	10
III Viejos y nuevos espacios para la acción política de las mujeres	15
1. Movilizaciones femeninas en el ámbito del consumo colectivo	20
2. Movilizaciones femeninas en defensa de la vida, los derechos humanos y la democracia política	25
3. Nuevas presencias en espacios tradicionales	29
4. Los espacios feministas	33
IV Perfiles y retos del movimiento de mujeres	38

"...Hoy tenemos el coraje y nosotras, las indias colombianas que firmamos este documento, UNIDAS COMO UNA BANDADA DE AGUILAS FURIOSAS, lucharemos para la recuperación de nuestros derechos. Así debería ser para todas las mujeres de la clase baja del campo, casadas o no, todas perseguidas por el hombre de la civilización... Porque si los hombres indios no se levantan en contra del orden ilegal y corrupto, entonces nosotras, las mujeres, nos prepararemos y unidas gritares no, no. Y si no se nos escuchara, hundiremos nuestros cuchillos en sus vientres..."

(Manifiesto sobre los "Derechos de la mujer indígena" firmado por 14.000 mujeres indias en Colombia, 1927). (1).

Desde comienzos de los años setenta, los movimientos sociales urbanos y las luchas por la tierra, la resistencia a las dictaduras militares y la recuperación de espacios democráticos, las gestas de liberación nacional y las estrategias defensivas ante la crisis económica no serían lo que han sido en América Latina y el Caribe sin el caudal de energía que las mujeres han aportado a ese torrente de luchas.

Los Clubes de Madres brasileños capaces de convocar a millones de ciudadanos contra la carestía de la vida, las campesinas dominicanas y bolivianas agrupadas en sus organizaciones independientes, las miles de nicaragüenses manejando los fusiles con la misma destreza que sus reclamos de género en los debates parlamentarios, las chilenas diciendo NO a Pinochet y exigiendo *"Democracia en la calle y en la casa"*, las Madres de Plaza de Mayo, símbolo de la dignidad frente a las pretensiones de impunidad de los militares argentinos, las indias guatemaltecas desplazadas de sus comunidades, celosas guardianas de la identidad de su raza, el movimiento feminista peruano incursionando en el terreno electoral para reclamar lo impostergable, las colombianas movilizadas por la vida frente a

un sistema corroído por la muerte cotidiana, cuatro Encuentros Feministas Latinoamericanos en seis años, cada uno doblemente numeroso que el anterior... testimonian la aparición de un nuevo sujeto social, el Movimiento de Mujeres, en el escenario político de América Latina y el Caribe.

Por el camino, las protagonistas han entretejido innumerables redes de solidaridad femenina y popular, ámbitos de estudio y discusión de sus realidades diversas de discriminación, acciones públicas que han hecho visibles para el Estado y la sociedad sus carencias y deseos colectivos. Las ideas y las prácticas feministas han dado perspectiva y fundamentos teóricos a los afanes de cada día al tiempo que revalorizan los contenidos y las formas del "*hacer política*" desde las mujeres.

En el conglomerado de dolor y esperanza llamando América Latina, caracterizado por modelos subdesarrollantes y generadores de desigualdades extremas, crisis política y económica permanentes, represión y miseria para las mayorías, precariedad de los servicios colectivos, presencia de una Iglesia poderosa e intentos de aplastar cualquier cultura e identidad propia, en ese mosaico de injusticias y rebeldías se viene gestando un Movimiento de Mujeres con perfiles en buena medida distintos a los de los países centrales. Conocer sus raíces e ingredientes, apreciar en su justa proporción sus aportes, valorar su identidad resulta imprescindible para avanzar, también por estos pagos, en la construcción de la "*unidad en la diversidad*" que postula la utopía feminista.

I DESARROLLO DESIGUAL Y MARGINADOR, TAMBIEN CONTRA LAS MUJERES.

A partir de los años treinta, los países de América Latina –que hasta ese momento habían orientado su economía hacia afuera, como exportadoras de materias primas e importadoras de bienes manufacturados– inician un proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, con el fin de proveer sus mercados internos de bienes de consumo cuya oferta había disminuído

considerablemente durante la Depresión de los años 30 y la Segunda Guerra Mundial. (2)

Gobiernos de signo populista propiciaron en muchos de los países la intervención activa del Estado en apoyo al desarrollo industrial, permitieron márgenes mayores a la actividad sindical y política y expandieron la provisión estatal de servicios de educación, salud y seguridad social, haciéndose cargo de una parte de la reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo. Sin embargo, a pesar del impulso industrializador, la región siguió desempeñando el papel de productora y exportadora de materias primas, dentro de un proceso sostenido de deterioro de los términos de intercambio con los países centrales.

A partir de los años 50 se produce una fuerte penetración de la inversión internacional en el sector industrial latinoamericano; los inversionistas de los países desarrollados, en particular de Estados Unidos, deben hacer frente a una baja de la tasa de ganancia y buscan oportunidades de inversión en ultramar. Las corporaciones multinacionales, atraídas por los bajos precios de la mano de obra local, invaden la industria para el mercado interno y desde los años 60 en adelante, propician en varios países de la región la industria de maquila y las zonas francas orientadas a producir para la exportación. América Latina se convierte en importadora neta de bienes de capital y tecnología.

Mientras se consolida la política de sustitución de importaciones la región experimenta cambios demográficos marcados. La mortalidad inicia su descenso a ritmos acelerados a partir de los años 50 mientras que el descenso de la fecundidad empieza a ser visible en la década del 60. Debido a estos desfases de las tasas vitales, la tasa de crecimiento de la población experimenta disminución sólo a partir de la década pasada, manteniéndose aún elevada en gran parte de los países.

El proceso de urbanización se acentúa desde los años 50: la población urbana pasó del 41 al 65% en las tres décadas siguientes. La penetración ca-

pitalista en el agro expulsó importantes contingentes de hombres y mujeres hacia las áreas urbanas; al no encontrar ocupación en el sector asalariado de la economía inflaron desmesuradamente el sector informal al tiempo que operan como permanente ejército de reserva que presiona los salarios a la baja.

El patrón de empleo urbano característico de América Latina resulta ser una combinación de trabajadores calificados ocupados en los sectores modernos –en número relativamente reducido y casi siempre varones– y una ingente cantidad de desempleados y subempleados operando en el sector informal y conformada mayoritariamente por mujeres. El pleno empleo, característico de la etapa de expansión del capitalismo en los países centrales, ha estado siempre lejos de ser logrado en América Latina y el caribe.

El desarrollo urbano-industrial ha significado un traslado de fuerza de trabajo de una sector a otro de la economía. La población económicamente activa disminuyó en el agrícola (del 56 al 36% entre los años 1950-80), se expandió notablemente en el terciario (del 26 al 38%) y en menor proporción en el industrial. En América Latina, en contraste con otras regiones subdesarrolladas, la migración rural-urbana ha tendido a ser preferentemente femenina: las mujeres han sido las desplazadas de la agricultura de subsistencia a medida que la consolidación del latifundio, la mecanización agrícola y el crecimiento del empleo asalariado rural han ido reduciendo el papel productivo de las mujeres en la unidad doméstica campesina.

Además, las oportunidades de empleo para las mujeres son mayores en las áreas urbanas: las jóvenes responden a la atracción del trabajo doméstico remunerado y de las actividades informales; las mayores migran cuando se quedan solas o son jefas de familia, las mujeres pobres sin compañero encuentran una solución económica en las actividades urbanas y contribuyen a que el fenómeno de la mujer jefa de hogar, tan extendido en el continente, sea más predominante en las ciudades que en las áreas rurales.

Los patrones de empleo femenino sugieren que la atracción migratoria es

urbana más que industrial. Las obreras fabriles constituyen entre el 10 y el 20% de la fuerza de trabajo femenina en estos países y se ubican en la industria textil y de fabricación de alimentos, trabajando a menudo en el propio domicilio. Otras se incorporan al sector moderno en calidad de secretarías, dependientas, recepcionistas, maestras y enfermeras, si bien estas ocupaciones están reservadas para mujeres blancas, jóvenes, solteras, que tengan alguna educación o capacitación.

La mayor parte de las mujeres urbanas se concentran en el trabajo doméstico remunerado, territorio femenino por excelencia y ocupación vinculada a los patrones de distribución desigual de los ingresos, los cuales crean tanto la oferta de mujeres pobres para este empleo como la demanda de servidoras personales por parte de los grupos de mayores ingresos. Las mujeres predominan en el sector informal donde trabajan como vendedoras ambulantes, lavanderas, modistas, etc.

La segregación sexual de las ocupaciones tiene su correlato en las diferencias salariales globales entre hombres y mujeres. Los empleos femeninos, aún los de mayor estatus como la enseñanza, están mal remunerados porque los salarios que se ofrecen a la mujer no tienen que ser competitivos en el mercado masculino ya que los hombres no compiten en forma directa por los mismos empleos. Los ingresos en el sector informal son erráticos y no se complementan con los beneficios indirectos en salud, capacitación, seguro de paro o pensiones, que sí son ofrecidos en el sector formal. El resultado es que las trabajadoras se ubican masivamente en las escalas inferiores de ingresos por trabajo, incluso cuando poseen niveles educativos equiparables a los de los hombres.

Mientras los hombres adultos se especializan en la generación del ingreso monetario, los roles de las mujeres son múltiples tanto en la unidad doméstica como en la comunidad: ellas garantizan la reproducción biológica y el cuidado de la familia, desempeñan un papel activo en el logro de ingresos monetarios, en el acceso a los servicios colectivos para los miembros del núcleo familiar y a insumos no monetarios provenientes de la producción

doméstica y su intercambio, sostienen además una tupida y eficaz red de relaciones de ayuda mutua entre familiares y vecindad.

Los insumos aportados por las mujeres son particularmente importantes en los hogares donde el salario es insuficiente: ahí, el trabajo doméstico no remunerado realizado siempre por mujeres complementa los ingresos monetarios escasos y las actividades domésticas llegan a consumir una parte significativa del tiempo de las mujeres.

En términos generales, las mujeres latinoamericanas de escasos recursos mantienen una vinculación mucho más permanente con el mercado laboral que las de hogares más acomodados y presentan siempre tasas de participación económica superiores al promedio de los sectores femeninos. A la vez ellas son las que más horas diarias dedican a las tareas domésticas y de autoconsumo del hogar. La doble y exhaustiva jornada de trabajo es una institución en América Latina y el Caribe de la que muy pocas privilegiadas consiguen liberarse.

II EL IMPACTO DE LA CRISIS ECONOMICA EN EL COTIDIANO FEMENINO.

La recesión ocurrida en los países centrales a inicios de los setenta y las políticas aplicadas para su superación han tenido notables repercusiones en las economías latinoamericanas; las medidas proteccionistas aplicadas en los países desarrollados y la caída de los precios de las materias primas han provocado serios desequilibrios en las balanzas de pagos de la región, a lo que se ha sumado la disminución estrepitosa de la inversión privada extranjera.

Hasta 1980 América Latina pudo sostener su crecimiento a pesar de los desequilibrios internos en gran medida como resultado de la liquidez internacional, que permitió que el consumo, las inversiones y las importaciones se expandieran mediante el endeudamiento interno y externo.

El auge financiero permitió ocultar problemas estructurales del modelo de desarrollo vinculados a la dependencia y vulnerabilidad externa, a la elevada concentración social y especial del ingreso y la propiedad, al desempleo y subempleo, a la pobreza y la escasa participación de la mayoría de la población en los beneficios del crecimiento. A partir de 1982 el crédito internacional se retrajo y los bancos comenzaron a exigir los pasivos, a tasas de interés fluctuantes y crecientes. Es desde entonces que América Latina se ha vuelto exportadora neta de capitales, por una deuda externa de magnitudes inmensurables.

Desde los inicios de la década pasada los gobiernos latinoamericanos vienen implementando políticas de corte monetarista basadas en la búsqueda de eficiencia y competitividad internacional, echando por tierra las políticas industrializadoras imperantes desde los años 40. A pesar de que el grado de ortodoxia monetarista ha sido variable en cada país, las consecuencias en términos de producción, empleo, salarios y renta interna per cápita han sido de sostenido deterioro.

En el Cono Sur en particular, estas políticas han venido de la mano de dictaduras militares que han significado la derrota de los movimientos populares en ascenso y el surgimiento de nuevas formas de Estado basadas en el control sistemático de la población, el aniquilamiento físico y el terror como hecho cotidiano. Quedan lejos los intentos populistas de ampliar los niveles de consumo de los sectores populares y de canalizar su acción política a través del "*clientismo*" y los partidos tradicionales.

En los países centroamericanos –donde no se llegó a diversificar las exportaciones más allá del modelo agroexportador de materias primas ni se consumaron las reformas económicas y sociales que hubieran permitido viabilizar el modelo de capitalismo dependiente– la crisis ha tomado dimensiones políticas y militares de profundidad sin precedentes. Los niveles de ingreso real per cápita a fines de 1984 habían retrocedido a los de 1972 en Guatemala, 1970 en Honduras, 1965 en Nicaragua y 1960 en El Salvador. La región se descapitaliza a pasos agigantados: durante la primera mitad de la

década actual ha "*ayudado*" a financiar los déficits de los países desarrollados por un monto cercano a los 40.000 millones de dólares, cifra que duplica la que CEPAL estimó necesaria para financiar el desarrollo centroamericano en la década del 80. Los efectos de la crisis sobre las condiciones de vida de los sectores populares de América Central han convertido la "*conciencia de lo intolerable*" en amenaza real al modelo hegemónico de dominación en el área.

La crisis económica tiene profundas implicaciones sobre las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, la familia y la vida de las mujeres. Los estados no han ampliado la cobertura y calidad de los servicios en proporción suficiente para contrarrestar la caída de los salarios y el incremento del desempleo. Las familias trabajadoras han pasado a desempeñar una función clave como colchón amortiguador del deterioro de las condiciones de sobrevivencia.

La existencia de un mercado laboral segmentado que diferencia en forma clara las ocupaciones femeninas y masculinas, la presencia de un sector de autoempleo capaz de absorber el desempleo abierto y la necesidad del trabajo doméstico no remunerado –como resultado de la fijación de los salarios mínimos por debajo del costo de reproducción del trabajador y su familia, son rasgos estructurales de las economías latinoamericanas y ellos posibilitan una respuesta diferenciada de hombres y mujeres al impacto de la crisis.

Hay amplias evidencias en todos los países de que las mujeres han intensificado su participación en actividades de mercado, han incrementado el volumen de trabajo doméstico incorporando nuevas tareas en este ámbito y han activado redes sociales que proveen préstamos de emergencia y otros bienes y servicios a sus familias.

Debido a la dualidad de los mercados de trabajo, el impacto del desempleo es selectivo por sexo. Por su ubicación en ocupaciones típicamente femeninas, las mujeres pueden ser menos afectadas por el desempleo abierto generado en la industria e incluso tener posibilidades ciertas de desempeñar actividades económicas en caso de desocupación masculina.

Desde la década pasada, la expansión de empresas transnacionales, en particular las vinculadas a zonas francas y maquila, y agroindustriales que contratan preferentemente fuerza de trabajo femenina, y la proliferación en el campo y la ciudad de industrias a domicilio, han intensificado la absorción de mano de obra femenina. Las mujeres de clase media o las hijas jóvenes de familias obreras con alguna escolaridad han entrado en el sector terciario mientras que las esposas de trabajadores manuales, amas de casa de mayor edad y sin escolaridad no tienen otra opción que la producción a domicilio, el servicio doméstico, la venta ambulante y la prestación de servicios no calificados.

Se evidencia que el impacto de la crisis sobre el trabajo femenino es diferente según la ubicación de las mujeres en la estructura familiar, la escolaridad y la clase social a que pertenecen, pero su resultado cierto es una acentuación de los patrones preexistentes de discriminación sexual: en un contexto de recesión y desempleo las mujeres tienen que aceptar trabajos mal remunerados que muchas veces están por debajo de su capacitación o desempeñar actividades por cuenta propia y trabajos asalariados eventuales, carentes de estabilidad en los ingresos y de prestaciones sociales.

Es preciso tener en cuenta que aún en época de expansión económica una familia promedio de los sectores populares urbanos no se mantiene con el salario de un solo miembro del hogar; se requiere que otros más se empleen para complementar los ingresos de la unidad doméstica. En las sociedades latinoamericanas las mujeres son las que mayores opciones tienen a la hora de conseguir una actividad por cuenta propia, en trabajos que son estereotipos de sus roles femeninos y pueden ser realizados en el domicilio. Si la coexistencia de trabajadores asalariados y por cuenta propia en los mercados urbanos ya era una realidad en décadas pasadas, con la agudización de la crisis las actividades informales han ganado en importancia y al desempeñarlas las mujeres, éstas han incrementado su participación en el trabajo extradoméstico.

Además de los varios ingresos, las familias requieren de mecanismos de

reducción de gastos; éstos se logran mediante la sustitución de productos y servicios del mercado por más horas de trabajo doméstico de las amas de casa o por el recorte de consumos prescindibles. En los hogares de más bajos ingresos, las mujeres consumen más tiempo en las labores domésticas que en las actividades para el mercado. Estudios realizados en hogares brasileños, mexicanos y venezolanos muestran que la participación de las esposas en la fuerza laboral está en parte determinada por la edad de su hija mayor; es frecuente que las niñas sean retiradas de la escuela a más temprana edad que sus hermanos para pasar a asumir labores domésticas, lo que permitirá a sus madres trabajar fuera del hogar.

De la mano de esta intensificación del trabajo de las mujeres, se ha hecho visible en la última década el fenómeno de la feminización de la pobreza: las mujeres, en particular las jefas de hogar de los sectores populares urbanos y rurales, son mayoría en los estratos sociales situados por debajo de la "*línea de extrema pobreza*" en las sociedades latinoamericanas y caribeñas.

Las funciones socio-económicas de las mujeres no se limitan sólo al trabajo remunerado y las actividades domésticas. También colaboran al bienestar del hogar creando y manteniendo redes de solidaridad familiar y comunitaria de ayuda mutua, que los sectores populares de esa región utilizan como parte de sus tradiciones culturales, al tiempo que se responsabilizan del acceso a los servicios colectivos para sí misma y sus familias. La vivienda, los equipamientos urbanos, los servicios de enseñanza, salud y recreación constituyen valores de uso socialmente necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo. Al ser producidos y distribuidos por el capital, resultan bienes inaccesibles para gran parte de la población que no es demanda solvente a causa de sus bajos salarios, ya que estos valores de uso no suelen estar integrados en la canasta familiar reconocida como necesaria para determinar el salario en América Latina.

Así pues, el acceso a estos bienes debe ser resuelto por otros mecanismos: es el Estado el que interviene para llenar el vacío que deja en amplios sectores del consumo la lógica de rentabilidad de la producción capitalista.

Durante la época de la expansión económica, el crecimiento inusitado de algunas ciudades obligó al estado a realizar grandes inversiones en infraestructura urbana y en servicios básicos pero al llegar la crisis de los 70 el estado benefactor redujo drásticamente el gasto público destinado al consumo socializado. La retracción de la intervención estatal se traduce en una agudización del deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares. Es desde la esfera de los consumos colectivos donde surgen y se desarrollan los movimientos sociales urbanos y en ellos, la presencia masiva de mujeres da cuenta del conflicto entre Estado incapaces de satisfacer las demandas de servicios sociales y sectores femeninos que reclaman las condiciones adecuadas para el desempeño de sus responsabilidades domésticas.

III. VIEJOS Y NUEVOS ESPACIOS PARA LA ACCION POLITICA DE LAS MUJERES.

A pesar de la parquedad de la Historia escrita para dar cuenta de las acciones femeninas, hoy sabemos –gracias a los esfuerzos de investigadoras feministas por sacarlas del anonimato– que las mujeres participaron masivamente en las gestas independentistas y en las luchas revolucionarias de los últimos dos siglos en América Latina, que organizadas en sus propias asociaciones gremiales contribuyeron al nacimiento del movimiento obrero, que se constituyeron en agrupaciones feministas para conquistar los derechos políticos, que vigorizaron con su presencia activa las luchas populares a lo largo y ancho del continente.

El desarrollo económico de principios de siglo en varios países latinoamericanos propició el surgimiento de las clases medias y con éstas los **grupos de mujeres de signo sufragista** que, vinculados a los partidos y movimientos de izquierda abrieron un espacio a las conquistas legales. (3)

En Argentina en 1900 aparece el primer movimiento de mujeres que reclaman derechos específicos: el Consejo Nacional de Mujeres. En 1916 se crea el Consejo nacional de Mujeres Uruguayas que luchará por el voto y

contra la trata de blancas y aglutinará a su alrededor sectores de trabajadoras. Dos años antes había surgido en Cuba el Partido Nacional Feminista reivindicando la igualdad de derechos políticos y en 1925 la Federación nacional de Asociaciones Femeninas emprenderá fuertes campañas por el acceso de las mujeres a la educación en ese país caribeño. Por esas fechas, las Ligas de Orientación Femenina en Mexico exigen igualdad en el reparto de tierras para hombres y mujeres, derechos sindicales, protección a la maternidad y control de la natalidad. Bajo el gobierno de Cárdenas se crea el Frente Unico Pro Derechos de la Mujer, con un programa de igualdad civil e integración de la mujer india; en 1933 el Congreso Obrero y Campesino mexicano incorpora varias demandas feministas a su programa.

Entre los años 30 y 50 se realizan las más importantes luchas sufragistas que llevan a obtener en casi todos los países los derechos políticos para las mujeres; una vez obtenidos éstos, dentro de los marcos permitidos por la legalidad dominante, los movimientos feministas se disolvieron sin dejar huellas profundas en las sociedades.

Un reducido número de mujeres llegaron en esa época a cargos de representación popular en las cámaras legislativas, destacaron en la dirección de partidos políticos o ejercieron funciones en el aparato del Estado y las administraciones locales. Salvo en el caso de Eva Perón, estas formas individuales de participación política femenina fueron poco significativas.

Contemporáneamente a los primeros intentos feministas aparecieron las **organizaciones sindicales de las trabajadoras**. Desde mediados del siglo pasado un buen número de mujeres se habían incorporado a la producción manufacturera, con largas jornadas de trabajo y salarios inferiores a los de los hombres. No pasó mucho tiempo sin que se organizaran para conseguir mejoras laborales; a fines de siglo y agrupadas en la Sociedad de Resistencia de Lavanderas Unidas, la Asociación de Fosforeras y la de Costureras Tucumanas, las obreras argentinas están presentes en las luchas obreras. En Puerto Rico asociaciones gremiales femeninas combaten el poder militar norteamericano, constituyen la Federación Libre de Trabajo y en 1916 toman parte activa en la creación del Partido Socialista.

Actuando desde su condición de asalariadas, las mujeres formaron sindicatos nuevos, realizaron huelgas y movilizaciones por demandas propias y del movimiento obrero en su conjunto, se enfrentaron a la prepotencia patronal y a la represión policial. Sin embargo, aún en los gremios mayoritariamente femeninos, los hombres eran mayoría en las direcciones sindicales y pocas trabajadoras remontaban los impedimentos que las cargas domésticas y el bajo nivel de escolaridad representaban para su participación sindical.

Hasta entrados los setenta, la participación femenina era canalizada mayormente a través de las instancias tradicionales de acción política y sindical, las organizaciones estudiantiles, las actividades en defensa de las luchas de familiares varones y en menor medida, la lucha guerrillera. (4)

En el **movimiento estudiantil** participaron muchas mujeres jóvenes provenientes de los sectores medios y en ese marco se politizaron, se enfrentaron a las fuerzas represivas y apoyaron las luchas de la clase obrera, aunque en verdad nunca consiguieron una representación equitativa en la dirección del mismo.

Los **partidos y movimientos políticos** relegaron a un segundo plano la problemática femenina una vez obtenidos los derechos políticos para las mujeres. La "*cuestión de la mujer*" no fue abordada en los partidos y movimientos de la izquierda latinoamericana con la misma coherencia que el resto de las cuestiones sociales y los llamados "*frentes femeninos*" no pasaron de ser una cantera de militantes para los otros frentes de acción partidaria.

El caso más representativo de participación política organizada y masiva de las mujeres es el de Bolivia. Entre los años 1946 y 1952 los Comandos Femeninos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) constituyeron importantes bastiones en la lucha antioligárquica que desembocó en la revolución nacionalista del 52; posteriormente, en la década del 60, los Comités de Amas de Casa de las minas nacionalizadas aportaron a la lucha sindical de los mineros nuevas formas de acción política y gremial de las espo-

sas de éstos. En ambos casos se trató de amplios núcleos de mujeres que integraron su lucha a la acción colectiva de las clases subalternas en pos de la emancipación social y nacional; sin embargo, tanto el partido como el sindicato ignoraron las reivindicaciones específicas de las mujeres, decidieron desde sus esferas burocráticas las tareas que éstas debían realizar –en general prolongación de sus funciones domésticas– en apoyo a los "*intereses generales*" y en ningún momento fue planteada la participación igualitaria de las activistas en la toma de las decisiones y en el reparto del poder político o sindical. (5)

Lo anterior ejemplifica también que cuando la cotidianeidad doméstica es alterada desde fuera, las mujeres se han movilizadas, han salido a la calle. En momentos de crisis y deterioro de las condiciones de vida, han exigido mayores salarios para sus esposos puesto que ellas, por ser ejes del hogar, defienden los derechos de los suyos. Por ser quienes dan la vida, luchan para que se respete la que han dado o comparten.

Las movilizaciones femeninas en **solidaridad con las luchas de sus familiares hombres** han sido frecuentes en la historia latinoamericana, pero estas actuaciones, al surgir como apoyo a las luchas de otros, tienden a disolverse cuando el conflicto que les da origen concluye. Las mujeres abren caminos de protesta al resto de la sociedad, pero regresan al mundo privado una vez que la acción se organiza o se resuelve, dejándoles a los hombres el espacio público.

En la década del 60 la Revolución Cubana alentó en los sectores populares las esperanzas de cambios radicales y grupos importantes de jóvenes vieron en la lucha armada el único camino para lograr la caída de las dictaduras o para disminuir o eliminar las graves desigualdades sociales. Aparecen las **organizaciones guerrilleras** en casi todos los países del continente y a ellas se incorporan también buena cantidad de mujeres jóvenes. Estas no sólo realizaron las tradicionales tareas en la retaguardia de los ejércitos (cuidado de enfermos, preparación de ropas y alimentos) sino que estuvieron también en la primera línea de combate, ejercieron mando militar e incluso accedieron

a cargos de dirección en mayor medida que en los partidos y movimientos políticos, como fue el caso del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros en Uruguay.

En cierta manera, ésto permitió revisar el mito de las organizaciones militares exclusivamente masculinas aunque ello no fue acompañado de una redefinición de los roles masculino y femenino. Al igual que ocurría con las militantes de partidos, el referente al que las mujeres debían amoldarse era siempre masculino y sus problemas "*de mujer*" tenían que resolverlos técnicamente y en la esfera de lo privado; tampoco dejaban de ser las encargadas de preparar el café o de cuidar los niños aún en las situaciones de más dura clandestinidad. (6)

El panorama de la participación social y política de las mujeres toma nuevos perfiles desde mediados de los años setenta. A los cambios ocurridos en la fecundidad y la escolaridad, al incremento de su papel económico en el hogar y las nuevas relaciones sociales establecidas por las mujeres en el ámbito del consumo colectivo, se han unido factores políticos e ideológicos que han contribuido a que importantes sectores femeninos se cuestionen la "*naturalidad*" de la condición de la mujer. Muchas han iniciado un proceso de individuación y búsqueda de nuevas identidades diferentes a las de "*esposa de* " o "*madre de* " y comienzan por sentirse trabajadoras, consumidoras, ciudadanas con derechos y obligaciones.

No se puede negar la influencia de algunos discursos oficiales y medidas políticas tendentes a incorporar a las mujeres al desarrollo, al igual que la puesta en vigor de los acuerdos internacionales derivados de la Década de la Mujer de las Naciones Unidas, de cara a hacer visibles las potencialidades de la participación de las mujeres y la legitimidad de sus demandas.

También han sido importantes las experiencias de participación de miles de mujeres en ámbitos religiosos vinculados a la teología de la liberación, a la hora de encontrar nuevas explicaciones a las desigualdades sociales y entre ellas, a la discriminación femenina.

Situaciones de alta conflictividad social y política, como las producidas en los países conosureños y en varios de los centroamericanos, han sido el marco en el que numerosos grupos de mujeres, movilizadas a partir de intereses inmediatos y generales, han dado proyección pública a su rol tradicional de madre, esposa y cuidadora de la familia y han participado en forma activa en las luchas por la vida, los derechos humanos, la democracia política e incluso por cambios radicales en las estructuras económicas.

Por último, pero no poco significativo, la aparición desde inicios de la década del 70 de los grupos feministas, sus aportes a la producción de conocimientos sobre la realidad de la opresión femenina, la generación de servicios alternativos para las mujeres y su impulso a movilizaciones en torno al aborto, la violencia sexista y los servicios colectivos, han logrado imponer socialmente la cuestión de la mujer, abriendo nuevos espacios donde se expresan formas de ser, demandas y proyectos de distintos sectores de mujeres.

Las características del crecimiento económico en la región y su carácter desigual y marginador se han exacerbado con la crisis económica. Al reforzar las desigualdades sociales, de clase, etnia y género, se abren caminos a múltiples formas de protesta social de las mujeres, gestadas en forma autónoma en diferentes ámbitos de la sociedad: destacan sobremanera la nueva y mayor presencia de mujeres en las luchas por el consumo colectivo en el marco de los movimientos sociales urbanos; sus movilizaciones en defensa de la vida, los derechos humanos y la democracia política; su participación masiva en los movimientos populares que en Centroamérica pugnan por la transformación revolucionaria de las estructuras; una nueva forma de estar en los espacios tradicionales de lucha política y sindical y la gestación de espacios feministas en todos los países latinoamericanos y caribeños.

1. Movilizaciones femeninas en el ámbito del consumo colectivo.

Es evidente que las mujeres, en particular las amas de casa de los sectores populares, son la columna vertebral y la base activa de los movimientos

sociales urbanos. Por su presencia permanente en la vivienda, por tener su mundo de relaciones en un espacio reducido (el barrio), por la necesidad de resolver los problemas cotidianos de abastecimiento, aseo, salud, etc. de su familia, por la diaria exposición a la violencia masculina civil y policial, las mujeres son las primeras interesadas en demandar al Estado, autoridades locales y grupos económicos que lucran con la especulación la apertura y ampliación de servicios colectivos urbanos.

La esfera del consumo no es lugar de ocio sino que implica un trabajo, esto es, un conjunto de actividades obligadas por las necesidades más inmediatas de la reproducción que generan desgaste físico, aumento del tiempo adicional dedicado a la jornada dentro y fuera del hogar y arduos esfuerzos vecinales invertidos en suplir la falta de bienes e instalaciones comunitarias. (7)

Para las mujeres de los sectores populares no es fácil responder a las necesidades de consumo familiar. Cotidianamente enfrentadas a la carencia o insuficiencia de los servicios colectivos, las mujeres —cuyos intereses inmediatos de género incluyen, dicho sea de paso el acceso a dichos servicios para asegurarse el desempeño satisfactorio de su papel doméstico tradicional— comienzan a ligarse de manera espontánea, intuitiva a las acciones que se inician para resolver las carencias colectivas.

Empiezan participando en calidad de madres, amas de casa y esposa y estos roles les llevan a actuar en los espacios públicos como una prolongación de su rol doméstico. Al mismo tiempo, lo doméstico-individual-familiar adquiere carácter colectivo, puesto que colectivas son las necesidades y las demandas; comienzan a desdibujarse las fronteras entre lo público y lo privado mediante la acción asociativa de las amas de casa.

Las mujeres, originariamente olvidadas en la teorización de los movimientos populares urbanos, aparecen ya reconocidas por su potencial movilizador, reivindicativo primero y luego concientizador, por constituir la vanguardia militante de los movimientos sociales urbanos y por su capacidad

de estructurar grupos de base que articulan lo cotidiano y lo reivindicativo, lo privado y lo público.

Una modalidad nueva de la participación femenina en las luchas urbanas —participación que forzoso es decirlo no siempre se desarrolla con la misma intensidad y continuidad, lo que no resta importancia a la presencia invariablemente mayoritaria de las mujeres en aquéllos— son los grupos de mujeres constituidos para conseguir servicios colectivos y organizarlos con apoyo del Estado o los poderes locales así como para buscar soluciones colectivas a la sobrevivencia familiar. Los mismos se han desarrollado con distintas variantes en gran número de barrios populares de las capitales latinoamericanas, aglutinando a amplios sectores femeninos.

En Brasil, durante los inicios de la década pasada y en plena efervescencia de la dictadura militar, las mujeres agrupadas en Clubes de Madres, asociaciones de amas de casa, ligadas en general a las parroquias, residentes en barrios marginales salieron a la calle a reivindicar una reducción del coste de vida y mejoras en los salarios. Creció un movimiento que llegó a recabar millón y medio de firmas denunciando la carestía de la vida. El gobierno intentó desmentir la autenticidad de las firmas pero tuvo que inclinarse ante el hecho de que, si la tan loada madre de familia y ama de casa, aquélla que nunca aprendió a hacer política ni a escribir, salía a las calles armada de algo tan frágil como una lista de firmas, efectivamente la opresión salarial debía ser enfrentada.

Las mujeres legitimizaron un movimiento social que más que cualquier otro denunció la concentración del ingreso en el país y adquirió carácter nacional. Desempeñó su rol femenino, socialmente aceptado y legitimizado, transfirieron a este movimiento la legitimidad de su propio rol social. Por una nueva vía, fuera de los partidos y sindicatos, las mujeres de familias trabajadoras dieron comienzo a un nuevo proceso social; cierto que ningún gobierno cayó a causa de las firmas pero quedó evidenciado el inicio de una coyuntura política en la que las huelgas de los trabajadores ya no pudieron ser contenidas.

Años después la lucha por guarderías se tornó de nuevo foco convergente que movilizó tanto a mujeres de barrios como a trabajadoras sindicalizadas: las primeras reivindicaban la instalación de guarderías, las segundas trataban de incluir en las leyes laborales la obligatoriedad de crearlas para hijos e hijas de las asalariadas. El movimiento social se extendió y cobró presencia nacional: los sindicatos realizaron congresos femeninos a partir de 1978 para abordar entre otras estas cuestiones.

Carencia de la vida y guarderías dejaron de ser banderas exclusivamente feministas y femeninas y se volvieron banderas que reúnen y sensibilizan a hombres y mujeres de diferentes clases sociales. Hogar y Estado dejaron de ser polos aislados y pasaron, a través de la participación de las mujeres, a ser aspectos de una misma estructura social a transformar. Las mujeres abrieron espacios reivindicativos por caminos nuevos en la política brasileña.
(8)

Las mujeres de los "*pueblos jóvenes*" barrios de Perú tienen una tradición de lucha y participación que se remonta al momento de la invasión de los terrenos en los que aquéllos se asientan. Desde los 70 y en el contexto de una ideología propiciadora del desarrollo comunal, surgen grupos de mujeres abocados a solucionar colectivamente la sobrevivencia familia. Algunos abordan problemas de emergencia como la salud o la creación de comedores populares; otros nuclean mujeres exclusivamente para realizar algún tipo de trabajo comunitario, que será pagado con cuotas de alimentos por las instituciones locales; muchas veces se junta el dinero destinado a la alimentación para hacer compras conjuntas y abaratar así los costes. Ultimamente el programa del Vaso de Leche impulsado por la municipalidad de Lima ha dado origen a miles de pequeñas agrupaciones de mujeres en los barrios.

Amplios contingentes de mujeres han empezado a desarrollar a partir de sus roles domésticos una práctica social y política de gran potencialidad, aunque no exenta de riesgos y contradicciones. (9) En el curso de su participación en los movimientos y acciones populares realizan un aprendizaje político sobre la naturaleza del Estado y el efecto de las políticas urbanas so-

bre la vida cotidiana, se convierten en agentes politizadores de su unidad doméstica al tiempo que desarrollan capacidades de agitación y organización.

Se relacionan con otras mujeres y comparten las dificultades que familia, marido e hijos imprimen a su accionar público. Enfrentan la primera gran lucha dentro de sus hogares para "*ganar*" el derecho a "*salir*", no tanto porque el encierro doméstico funcione de manera rígida en el sector popular, que no funciona, sino porque en adelante la actividad "*ordenadora*" de la jornada diaria de la mujer ya no será el ámbito doméstico sino la acción pública (los turnos de trabajo en el comedor popular, los horarios fijos de reuniones, etc).

Esta práctica social ofrece posibilidades de cuestionar algunos aspectos visibles de la sujeción de la mujer dentro del hogar y aunque esto no garantiza la toma de conciencia de los aspectos más profundos de su subordinación de género, es un buen terreno para avanzar. Las mujeres explicitan una nueva percepción de su situación de desventaja en la familia y la comunidad, lo que les da un sentido de pertenencia a un "*nosotras*" que posibilita prácticas solidarias con otras, por ejemplo con aquéllas maltratadas o reprimidas por sus maridos al intentar participar en las actividades públicas.

Los riesgos de este proceso vienen por el lado de que se asuma la dedicación al bienestar de la familiar como la fuente de valoración personal más importante, lo que refuerza sin duda el rol tradicional femenino.

En la vida de las mujeres los problemas de violencia doméstica, las angustias derivadas del no control de la capacidad reproductiva, la frustración ante prácticas sexuales poco placenteras o la necesidad de espacios y tiempos de recreación son también urgentes pero están secundarizadas en sus preocupaciones explícitas. El sentido de identidad pone más el acento en su condición de pobres, vecinas, marginales y menos en su condición de mujeres y en este sentido se diría que queda largo trecho por recorrer hasta llegar a visualizar la dimensión de su subordinación e interrelacionar las estructuras de poder en que están inmersas.

No se puede obviar tampoco el hecho de que la participación a menudo voluntaria y gratuita de las mujeres en los programas de desarrollo comunitario aumenta su carga de trabajo cotidiano al tiempo que contribuye a liberar al Estado y organismo de poder local de sus responsabilidades hacia el bienestar de la población.

2. Movilizaciones femeninas en defensa de la vida, los Derechos Humanos y la democracia política.

A menudo se afirma que las mujeres constituyen una sólida base de apoyo a los regímenes autoritarios y se cita como ejemplos la marcha de las cacerolas vacías de las mujeres chilenas en 1973 para derrumbar el gobierno de Allende y las manifestaciones de las brasileñas "*Por Dios, Patria y Familia*" que ayudaron a la caída del presidente Goulart y abrieron camino para el golpe militar en 1964. (10)

Sin embargo es un error grave enfatizar el apoyo femenino a los regímenes de excepción dejando de lado la resistencia de las mujeres a los mismo y radicando en "*esencias*" femeninas comportamientos que obedecen a una "*razón de género*" de pura construcción social, cultural y política. (11) De hecho, la represión ejercida por el Estado, policía y fuerzas armadas, ha dado lugar en las últimas décadas a notables formas de organización y participación política femeninas.

Varios factores explican que las mujeres den su apoyo a los regímenes represivos. Por un lado, en las sociedades latinoamericanas predomina una estructura familiar fuertemente autoritaria: la autoridad del padre es sustituida por la del marido o la del hermano mayor y la proporción de mujeres que se liberan de ella y deciden en forma autónoma es todavía pequeña. Millones de mujeres están acostumbradas a obedecer sin contestación órdenes dadas por hombres, por más autoritarias e injustas que éstas sean. Un gobierno autoritario que consigue mantener un orden social llega a ser considerado por muchas mujeres como naturalmente bueno.

Por otra parte, persisten los estereotipos culturales que definen los papeles masculinos y femeninos y los gobiernos reaccionarios refuerzan explícitamente esos modelos, sobre todo el de madre dedicada al hogar y desligada de la política que es "*cosa de hombres*". Además el índice de analfabetismo es superior en las mujeres, y muy reducido el número de las que a través de su trabajo tienen acceso al mundo exterior, lo cual dificulta la interpretación de los sucesos políticos.

Buena parte de las mujeres latinoamericanas trabajan en los servicios domésticos, son de origen rural que llegan a la ciudad y se emplean en casas de familia de clase media, donde acaban asimilando los valores dominantes como medio de movilidad social. Cuando los partidos obreros hablan de "*fuerza de trabajo*" o de clase obrera, las mujeres ocupadas en el sector informal o en los servicios domésticos no se consideran como tal y no llegan a comprender que la transformación social tenga algo que ver con ellas. El casamiento sigue siendo para la mayoría de las mujeres la meta más ambicionada, en gran parte por el alto prestigio de la mujer casada en las sociedades poco desarrolladas económicamente. Los partidos de signo conservador o reaccionario han tenido siempre una posición explícita favorecedora de algunos de los intereses más inmediatos de las mujeres y han sido capaces de utilizar un lenguaje que éstas entienden lo que no ha ocurrido en los partidos de izquierda.

Sin embargo, sorteando estos obstáculos, las mujeres se han opuesto de múltiples formas a los regímenes autoritarios. Las brasileñas, chilenas, argentinas y uruguayas, al igual que las salvadoreñas, nicaragüenses y guatemaltecas asumieron la jefatura de sus hogares cuando sus maridos fueron asesinados, encarcelados o desaparecidos por las dictaduras militares en la pasada década, preservando los valores de la resistencia y las tradiciones culturales de sus pueblos frente a la represión y la corrupción de los regímenes fascistas.

Cuando los canales tradicionales de participación se quebraban, el mundo de la política buscaba refugio en el hogar y éste se convertía en engranaje

poderosísimo de discusión, crítica y resistencia clandestina, a cargo usualmente de las mujeres. Desde el hogar se lanzaban actividades antidictatoriales que poco a poco ganaban los espacios públicos. El movimiento por la amnistía que se extendió por todo Brasil partió de la iniciativa de mujeres cuyos hogares habían sido dramáticamente invadidos por la represión militar. Las "caceroleadas" multitudinarias, los recorridos por prisiones y cuarteles, las "ollas populares", la denuncia pública de las arbitrariedades cometidas, la recolección casa por casa de las firmas necesarias para convocar el referéndum contra la ley de impunidad a los militares uruguayos, han tenido siempre a las mujeres como protagonistas principales.

El significado y alcance de la política de desaparición de personas implementada por gobiernos civiles y militares, han sido desvelados en primera instancia por los Comités de Madres y Familiares de Presos Políticos y Desaparecidos. Estas mujeres han sido pioneras en reivindicar la vigencia de los Derechos Humanos como norma básica de convivencia social y han convertido en asunto político su dolor e incertidumbre por lo ocurrido a sus familiares. Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo han sido y son ejemplo de firmeza en la lucha por la vida pero también en la no conciliación con el poder militar. Ellas afirman haber sido "*paridas*" por sus hijos e hijas a una nueva existencia, desde su incorporación a la lucha por los Derechos Humanos. (12)

No es casual que sean las mujeres quienes abren caminos a la protesta pública en situación de predominio del terror institucional. El terror cotidiano vivido como situación límite no es tal límite cuando se ha convivido desde siempre con la amenaza del dolor ("*parirás con dolor*" dice la ley de Dios y el discurso del varón), la escasez, el trabajo sin horario ni descanso, con el hambre y la muerte. Tampoco puede impedir la lucha cuando se lucha por aquello que se ha obtenido con el dolor de dar la vida y mantenerla. (13)

Las "*Locas*" de Mayo, las Familiares de Presos Desaparecidos han emprendido la defensa de su rol tradicional amenazado (lo que las legitima ante el poder: al Estado le resulta difícil reprimir a esas mujeres que en su papel de

madres, esposas e hijas se le enfrentan; ese mismo rol que es pilar y fundamento de dominación), pero al mismo tiempo lo trascienden al enfrentarse a las leyes ancestrales de sumisión y recato que la sociedad les ha asignado.

La movilización de las mujeres en defensa de sus hogares se torna fenómeno político, no sólo porque niega conscientemente la legitimidad del orden impuesto por los militares y rehusa aceptar la amenaza del terror institucional instalada en lo cotidiano, sino también porque abre un espacio nuevo con fuerza propia, al tiempo que inscribe sus demandas en el conjunto de reivindicaciones democráticas.

A pesar de la significación política de esas acciones femeninas y de que muchas de sus protagonistas han revelado cualidades de liderazgo considerables, el reconocimiento posterior de su aporte al logro de la democracia no se ha expresado en participación en el poder político. En Uruguay, al retornar la institucionalidad democrática, el Poder Ejecutivo y el Legislativo quedaron en manos de hombres y sólo un ministerio, el de Educación y Cultura, quedó a cargo de una mujer. Las direcciones de los cuatro partidos, el secretariado de la Federación de Estudiantes y el de la única central sindical eran exclusivamente masculinos.

Distinto parece ser el horizonte de las chilenas que este aspecto. Además de la larga tradición de organizaciones femeninas en los barrios desde la época del gobierno de la Democracia Cristiana, existen en Chile desde fines de la pasada década organizaciones feministas empeñadas en que la lucha por la democracia incluya no sólo la presencia física de las mujeres, sino también sus reivindicaciones de género sometido al autoritarismo del régimen político y las estructuras patriarcales. Organizadas en innumerables grupos de base y coordinadas a nivel nacional y multisectorial, las mujeres chilenas han irrumpido en la política de su país, como mujeres, por primera vez de manera masiva en 50 años. La inclusión de una mujer en nombre de las mujeres en la Asamblea de la Civilidad en abril de 1986, asamblea de todas las organizaciones sociales de oposición a la dictadura militar, es una

muestra del impacto del movimiento de mujeres en el conjunto de la sociedad chilena. (14)

3. Nuevas presencias en espacios tradicionales.

Si bien las luchas por la sobrevivencia y los derechos democráticos son los dos grandes ejes que movilizan a la mayoría de las mujeres latinoamericanas, sus demandas se han abierto camino también en las instituciones tradicionales de la acción sindical y política. (15)

Enfrentando el fuerte sexismo que caracteriza la tradición sindical en el continente, las trabajadoras asalariadas han impulsado la creación de comisiones y departamentos femeninos en las centrales sindicales, con el objeto de que sus reivindicaciones específicas sean reconocidas en el contexto global de las negociaciones con las patronales y el Estado. Así han surgido en los últimos años comisiones de mujeres en la central sindical uruguaya, en la Coordinadora Nacional Sindical chilena, en varios sindicatos en Bogotá, en la Asociación de Trabajadores del Campo en Nicaragua, en la Central Unitaria de Trabajadores brasileños, en el Movimiento Campesino Paraguayo, etc.

Promoviendo la autoorganización de las mujeres dentro de sindicatos y organizaciones campesinas, las trabajadoras han creado solidaridades de género que les ayudan a enfrentar las actitudes desvalorizadoras de los varones hacia ellas y han legitimado su derecho a la palabra y a la participación en un ámbito secularmente controlado por los hombres.

La experiencia de la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) en Nicaragua es ilustrativa de los avances logrados por este camino. La Secretaría de la Mujer, mediante un proceso de investigación-acción con las asalariadas rurales, ha conseguido movilizar a decenas de miles en pos de sus exigencias específicas al tiempo que ha incorporado sus demandas a los programas globales de acción sindical: hoy es el propio sindicato quién, por la presión de sus afiliadas, impulsa la creación de guarderías y servicios colectivos que reduzcan la carga doméstica de las obreras así como el acceso de éstas a la

capacitación técnica y a los cargos de dirección sindical. El trabajo de la Secretaría ha sido pionero en la creación de espacios de acción feminista en el marco de la Revolución Sandinista. (16)

En otras ocasiones las mujeres han creado sus propias instancias sindicales y campesinas independientes. La experiencia más notable ha sido la lucha de las costureras mexicanas a raíz de los terremotos que asolaron México en 1985. Reunidas en su sindicato independiente *"19 de Setiembre"*, las costureras han enfrentado la ofensiva del gobierno, de la patronal e incluso de la burocracia sindical y han mostrado al conjunto del movimiento obrero que las mujeres no sólo son capaces de participar en sus sindicatos, sino de dirigirlos y obtener conquistas en condiciones adversas. Al presentarse con su vocación de *"contribuir a la organización de todas las mujeres trabajadoras, la parte más explotada de la clase obrera mexicana"* trascienden la defensa de sus intereses laborales inmediatos y se constituyen en punta de lanza de la lucha feminista en el seno del movimiento sindical.

En República Dominicana las campesinas y asalariadas agrícolas se han organizado en forma independiente en respuesta a la escasa sensibilidad del movimiento campesino hacia sus demandas específicas. Otra presencia de gran repercusión en la de *"Las Bartolinas"* en Bolivia: agrupadas en la Federación Nacional de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa, llevan la problemática de este amplio sector social —mujeres, indígenas, campesinas— al seno de la Confederación Obrera Boliviana, máxima organización de los trabajadores del país. En Paraguay, en medio de condiciones de dura represión política y sindical, la Coordinadora de Mujeres Campesinas reivindica la participación de las mujeres en las reuniones de los hombres y el reparto con éstos de la carga del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos.

Son numerosos los encuentros nacionales de trabajadoras realizados para analizar su situación laboral y los obstáculos a la participación sindical de las mujeres. Se destaca a menudo la disyuntiva excluyente a que se enfrentan las trabajadoras casadas o con hijos, quienes en el momento de organizarse deben optar por la actividad sindical ó por su compromiso familiar. El hecho

de que se vean primero como madres y/o esposas y no trabajadoras —aún cuando ellas sean el sostén económico de sus hogares—, unido a la despreocupación de las direcciones sindicales por potenciar su participación explica la carencia de cuadros sindicales femeninos. Es evidente en todos los países latinoamericanos que la organización de las trabajadoras no ha aumentado tan rápidamente como su incorporación al mundo del trabajo y que existe un rezago de este sector en su movilización como mujeres, en relación al avance de las pobladoras de los barrios y las campesinas

Sea para estimular las luchas autónomas de los grupos femeninos ó para impulsar sus movilizaciones por demandas generales —en situaciones que hacen difícil discernir entre manipulaciones y emancipación— ó simplemente para oponerse a las reivindicaciones y las formas de "*hacer política*" de las mujeres, no cabe duda que las organizaciones políticas latinoamericanas de signo progresista han "*aggiornado*" su visión tradicional sobre la cuestión femenina.

De alguna manera, los movimientos de mujeres en la sociedad civil, los resultados de las investigaciones, el discurso y la práctica de las feministas vienen dando desde hace algunos años en sus partidos, han permeado éstos, obligándoles a tomar en cuenta la problemática de la subordinación de género.

En Brasil, México y Perú algunos partidos y coaliciones de izquierda han propuesto candidatas feministas en elecciones nacionales y municipales e incluyen en sus programas postulados de claro contenido feminista: reformas legales, despenalización del aborto, medidas de lucha contra la violencia hacia las mujeres, creación de servicios colectivos, etc.

También en las organizaciones político-militares se han modificado en las últimas dos décadas el volumen y la calidad de la participación femenina, así como la preocupación de sus instancias dirigentes por las cuestiones de las mujeres. Esto es particularmente notable en las organizaciones centroamericanas más avanzadas, el Frente Sandinista de Liberación Nacional y el

Frente Farabundo Martí salvadoreño. En el caso de El Salvador se suma además los esfuerzos de agrupaciones de mujeres por desmitificar el sexismo y desarrollar formas más igualitarias de participación femenina en el proceso revolucionario y en su conducción.

Merecen especial relevancia los esfuerzos realizados por el FSLN y el Gobierno en Nicaragua para mejorar las condiciones de vida de los sectores populares; esfuerzos que han incluido la atención de algunos intereses inmediatos y estratégicos de género de las mujeres de estos sectores en lo que se refiere a la salud, educación, acceso a la tierra y al empleo remunerado, reducción de la carga del trabajo doméstico y eliminación de formas de discriminación legal y de violencia doméstica contra las mujeres.

Debido a la guerra de agresión que la Administración norteamericana implementa desde 1981 contra el pueblo nicaragüense y su gobierno, son grandes los obstáculos materiales para avanzar en la satisfacción de las necesidades populares. Este contexto y las graves dificultades económicas, políticas y militares que comporta, hace aún más meritorio el hecho de que las instancias de dirección sandinista impulsen desde hace dos años la denuncia del machismo, la irresponsabilidad paterna, las leyes y políticas discriminatorias contra las mujeres y la subordinación familiar y social de éstas, considerando estas situaciones como obstáculos reales que impiden a las mujeres aportar a la construcción del poder popular en la nueva sociedad.

La proclama oficial del FSLN, el 8 de Marzo de 1987, en torno a las causas históricas de la situación de las mujeres nicaragüenses y las medidas políticas e ideológicas para superarlas, ha respondido sin duda a las movilizaciones, masivas de las mujeres alrededor de sus demandas específicas, que no han cesado hasta conseguir que su problemática sea considerada asunto político, forzando a las instancias del poder a abordarla de manera satisfactoria.

Los planteamientos y la actitud del FSLN inauguran un camino inédito en el tratamiento a la subordinación de la mujer dado hasta ahora por las fuerzas revolucionarias latinoamericanas y contribuye a superar décadas de rela-

ciones tensas y dolorosas entre los partidos y organizaciones revolucionarias y las mujeres que desarrollan la lucha feminista en América Latina, ésto es, entre las estrategias para resolver la lucha de clases y aquéllas que apuntan a la liquidación de las estructuras patriarcales de dominación; en definitiva, entre socialismo y feminismo.

4. Los espacios feministas

Durante los años 70 los hechos parecían dar la razón a quiénes veían el feminismo como un fenómeno propio de los países capitalistas desarrollados pero sin futuro en América Latina. Sólo algunos grupos en México, Brasil, Perú, Colombia intentaban con escaso éxito movilizar a las mujeres alrededor de demandas feministas. Mayormente, concentraban su actividad en la discusión ideológica y teórica, la autoconciencia y la propaganda; en cierta medida, sus discursos se colaron por los medios de comunicación masiva, introduciendo por primera vez la "cuestión de la mujer" en los medios intelectuales y de izquierda, quiénes rechazaron agriamente las propuestas feministas.

Las transnacionales de la información vendían en esa época una imagen distorsionada del feminismo que se gestaba en Estados Unidos. Una feminista, militante partidaria en aquellos años, cuenta que *"el feminismo aparecía como un enlatado made in USA, y sus ecos, llegados a través de los cables de prensa, nos sonaban ajenos por se equívocos. Que las mujeres del país más poderoso de la tierra se quitaran los sujetadores para protestar contra el machismo se nos antojaba una humorada propia de gringas aburridas. Una vez más el poder de manipulación de los medios de comunicación nos jugaba una mala pasada y así el término feminista pasó a ser sinónimo de "mujer amargada" o de "antihombre" y el feminismo un peligroso enemigo que "dividía la lucha de clases" por ser un "cuerpo extraño" en la realidad latinoamericana". (17)*

La izquierda, que no tenía referencias de las luchas feministas distintas a las elaboradas por las agencias de noticias, captó de la propaganda sólo aquéllos aspectos que entraban en conflicto con la visión marxista ortodoxa

acerca de las vías para la emancipación femenina e interpretó el feminismo como un plan orquestado por el capital internacional, diversionista y divisionista de los verdaderos intereses del pueblo. (18)

En América Latina, a diferencia de lo ocurrido en Europa o Estados Unidos, los grupos feministas de mediados de los años 70 no lograron expandirse hacia otros sectores sociales, ni tampoco dentro de su propia clase social (las mujeres de clase media en las ciudades latinoamericanas tienen fácil acceso al servicio doméstico y pueden por tanto "*compaginar*" familia y trabajo profesional sin las contradicciones que ello genera en sus homólogas de los países centrales). Su actividad, en tanto no estaba planteada tomando en cuenta el nivel de conciencia, las inquietudes inmediatas y la dinámica de incorporación a la lucha de la mayoría de las mujeres, no generó una respuesta en éstas, ni siquiera en las que ya estaban participando en otros frentes de lucha.

Esta situación llevó a una crisis de los "*grupos autónomos*" y en muchos casos a su desaparición. Algunos de los sobrevivientes, junto con mujeres feministas que abandonaron los partidos de izquierda y otras que vieron desde temprano las limitaciones de éstos y aquéllos, empezaron a formar otro tipo de herramientas para expresar sus inquietudes feministas. De ahí surgen la mayoría de las expresiones hoy existentes del feminismo en América Latina.

Las analistas coinciden en valorar el Año Internacional y la Década de la Mujer auspiciados por Naciones Unidas como puntos de partida y elementos dinamizadores del replanteamiento de la problemática de las mujeres en la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños. En la Conferencia realizada en México en 1975 se tomaron decisiones que afectaron algunos ordenamientos jurídicos y los programas hacia la mujer de los gobiernos participantes. A partir de entonces se crearon fondos especiales en los Estados y las fundaciones privadas y públicas vertieron recursos económicos en la investigación, la promoción y el desarrollo de programas para distintos sectores femeninos, en particular en los tendentes a incorporar a las mujeres de los sectores populares al desarrollo económico.

Más adelante, en la Conferencia de la Mitad de la Década realizada en 1980 en Copenhage, el grupo latinoamericano participante decide que el Encuentro a celebrarse el siguiente año en Bogotá será feminista y no "*de mujeres*", inaugurando así una sucesión de encuentros a nivel continental que han marcado las distintas etapas del desarrollo del feminismo latinoamericano y caribeño.

En el conjunto de actuaciones que conforman el movimiento real de las mujeres, los grupos feministas aparecen como la expresión de una conciencia más integral sobre la subordinación de las mujeres. Surgen, no como importación artificial de los países desarrollados, sino como respuesta a la agudización de la crisis económica, social y política en las sociedades latinoamericanas, pero también en el contexto del desarrollo de los movimientos populares, en particular de las organizaciones populares femeninas.

Su orientación dominante es el feminismo socialista e incluye la propuesta de un "*feminismo de base popular*", en el entendido de que la transformación de las relaciones entre los sexos debe verificarse en amplios sectores sociales, pero a partir de las vivencias y alternativas de las propias mujeres de esos sectores.

El movimiento feminista al engarzarse en la realidad cotidiana de las mujeres, ha ido adquiriendo distintos rostros y conformándose en corrientes. En el presente dos corrientes aparecen con más fuerza: una, prioriza los espacios exclusivamente definidos como feministas, la elaboración de análisis, la difusión y propagandización de las propuestas feministas y la movilización en torno a demandas planteadas desde estos espacios. La otra corriente prioriza el trabajo con las mujeres de los sectores populares, plantea que la fuerza política del feminismo se construye a partir de la fuerza de las mujeres de estos sectores, a medida que ellas adquieren carácter de sujetos de sus propias luchas.

Ambas corrientes animan los múltiples y variados espacios desde los que actúan las feministas:

— Instituciones de apoyo y/o educación que realizan investigaciones, publicaciones y asistencia legal, psicológica, médica en relación a, y con, mujeres así como talleres, seminarios y asesorías. Estos centros varían en la dinámica de su actividad concreta, en sus objetivos y en su relación con las mujeres de los sectores populares: desde aquéllos que señalan explícitamente que no tienen como objetivo organizar a las mujeres sino promover su reflexión sobre su situación de género, otros que toman parte directa en las luchas de las mujeres de los sectores populares apoyándolas de diversos modos, que organizan grupos de amas de casa y finalmente otros dedicados a la investigación o a recopilar documentación.

La mayoría de estas instituciones tienen financiamiento de agencias internacionales aunque las hay que sin él ofrecen servicios, hacen cine, se constituyen en espacios de encuentro y reflexión o trabajan con mujeres de barrios, campesinas e indígenas.

— Grupos y colectivos aglutinados en torno a la publicación de algunas revista feminista.

— Mujeres cristianas que al calor de las reflexiones suscitadas por la teología de la liberación, han creado grupos feministas para actuar dentro y fuera de los medios eclesiales.

— Comisiones o agrupaciones dentro de sindicatos y partidos de izquierda.

El feminismo latinoamericano se postula como autónomo, reivindica un espacio propio, diferenciado, como única garantía de que las exigencias de las mujeres serán consideradas actuales y prioritarias. Este espacio propio no significa aislamiento en un mundo de mujeres, sino coordinación e interacción con todos los movimientos sociales que enfrentan la variada gama de formas de ejercicio del poder en la sociedad.

En los hechos, las organizaciones y mujeres feministas se han vinculado con otros movimiento sociales —comunidades de base, movimientos sociales urbanos, grupos de derechos humanos, movimientos étnicos— en los que la presencia femenina es dominante. también han iniciado presiones de discu-

sión y reflexión y cuestionamiento de las posiciones teóricas, ideológicas y políticas en partidos y organizaciones políticas y sindicales. En esta vinculación las perspectivas y demandas de género se han articulado con otras ampliando el contenido de temas tradicionalmente públicos —política, desarrollo, violencia, crisis— y politizando el mundo privado de las relaciones interpersonas opresivas.

La acción política del feminismo se viene centrando en torno a varios ejes comunes en casi todos los países: la lucha por la libre opción en la reproducción, la reapropiación del cuerpo por la mujer misma, la desaparición de la división sexual del trabajo y el control de la mujer sobre sus propias decisiones políticas. Es en estos aspectos donde su contribución a la lucha por una sociedad más justa e igualitaria ha sido más original y visible. La importancia de la transformación de la vida cotidiana, la función de la represión sexual como control social, la recuperación de lo subjetivo, la importancia de ejercer la decisión libre sobre la maternidad, el análisis de las relaciones de poder insertas en las relaciones amorosas e interpersonales, la necesidad por el capitalismo de la división sexual de trabajo, la urgencia de romper el silencio en torno a la violencia sexual cotidiana, la necesidad de crear espacios compartidos entre mujeres donde se genere fuerza para la acción colectiva son aportes ideológicos y políticos del movimiento feminista a la lucha por la transformación global.

En menos de una década se ha desarrollado, en forma acumulativa y desigual, un movimiento feminista que actualmente tiene presencia en todos los países del continente. Después de un primer momento en que se resistía a levantar claramente reivindicaciones espinosas por temor a la desaprobación masculina, se replegó hacia dentro tratando de pensar la sociedad en nuevos términos, buscando definiciones propias y autoconfianza en la fuerza de las mujeres. En el momento actual se percibe en algunos países un viraje *"desde una "vocación de marginalidad" hacia la voluntad política de apropiarse una correlación de fuerzas positiva para la aceptación de las reivindicaciones de género en el conjunto de la sociedad, generando consenso y hegemonía para las propuestas de las mujeres"*. (19)

Los cuatro Encuentros Feministas realizados entre 1981 y 1987 a nivel latinoamericano marcan hitos importantes en su desarrollo: en Colombia, 1981, se legitimó la autonomía del movimiento; en Perú, 1983, se analizaron a fondo las estructuras patriarcales imperantes en América Latina; en Brasil, 1985, el feminismo continental mostró sus rostro diverso y plural y en México, 1987, se definió el carácter popular y radical de la política feminista en todos los campos de la acción de las mujeres.

IV. PERFILES Y RETOS DEL MOVIMIENTO DE MUJERES.

Una primera mirada al Movimiento de Mujeres de América Latina y el Caribe advierte algunas características que le dotan de perfiles propios y diferenciados al de otras latitudes. Una de ellas es su gran heterogeneidad: conformado al menos por tres vertientes claramente identificables (las organizaciones populares femeninas, las mujeres —autodefinidas feministas o no — que militan en partidos y movimientos políticos de izquierda y los grupos feministas autónomos). El caudal de energías que aquél aglutina y moviliza es amplio y diverso, tanto en términos de la composición social de sus integrantes como de los aspectos de la realidad femenina que éstas cuestionan y las alternativas que proponen.

No podía ser de otra manera; si los efectos de la crisis económica no son los mismos para todos los sectores de mujeres, como tampoco las formas que adopta la subordinación de género, la opresión racial o la explotación económica, el punto de partida para la rebeldía femenina ha de ser forzosamente diverso. Como lo son también los caminos que las mujeres recorren hasta llegar a cuestionar las estructuras de poder, incluidas las patriarcales, en que están inmersas. Heterogeneidad pues, como señala Virginia Vargas, *"alimentada desde diferentes vertientes, expresada en diferentes formas de lucha y organización, con diferentes demandas reivindicativas, por momentos contradictorias, con diferentes temporalidades y desigual presencia en la escena social, con elementos claros de espontaneidad, pero también de dirección consciente... Heterogeneidad en la que se combinan desde objetivos inmediatos de bienestar familiar hasta objetivos a más largo plazo en re-*

lación a su subordinación, dando como resultado la existencia de diversas formas de movilización y acción a través de las cuales las mujeres van aportando a la construcción de una identidad de género". (20)

Por otra parte, si tomamos en consideración la propuesta teórica de Maxine Molyneux de deslindar los intereses prácticos de género de los estratégicos y convenimos con ella que la formulación de estos últimos sólo será eficaz si se tiene en cuenta integralmente los diversos intereses prácticos de las mujeres (politizar éstos y transformarlos en intereses estratégicos constituye el nudo central de la práctica política feminista), se aprecian mejor las potencialidades que contienen las luchas femeninas por la subsistencia, los servicios colectivos o los derechos humanos.

Si bien es cierto que los intereses inmediatos de género no llevan necesariamente al cuestionamiento de la situación de subordinación de las mujeres, no es menos cierto que las nuevas y creativas formas en que éstas hacen frente a los problemas de la sobrevivencia o del bienestar familiar les han permitido romper la atonicidad del mundo doméstico, establecer nuevas solidaridades entre mujeres, cuestionar las bases materiales de los roles "*hombre proveedor*", "*mujer ama de casa*", limitando así las posibilidades de reproducir el modelo tradicional de familia. Todo ello ha generado un proceso personal y colectivo en el cual, traspasando en muchos casos el móvil que impulsó sus movilizaciones, las mujeres han avanzado también en el cuestionamiento de su subordinación genérica, han consolidado prácticas sociales más solidarias y democráticas e impulsado procesos que les permitan tener, al menos potencialmente, presencia e incidencia en lo público. (21)

En este sentido, el hecho cierto de que las demandas estratégicas de género no aparezcan con rotunda evidencia y masividad en la práctica cotidiana del Movimiento de Mujeres indica por una parte, lo incipiente del proceso de concienciación (en términos de conciencia de género) que apenas suma una década de existencia en el continente, pero también que los cuestionamientos "*feministas*" no surgen en las mujeres de los sectores po-

pulares fundamentalmente del análisis teórico de su subordinación sino como consecuencia del impacto que sus movilizaciones por demandas inmediatas producen sobre sus roles tradicionales. Como indica M. Carmen Feijoo *"para las mujeres la posibilidad de incorporarse a las luchas en el mundo público comienza por luchas dentro de su mundo privado, en tanto, como mínimo, su participación afuera supone una redefinición de la asignación intradoméstica de tareas"* y seguramente, añadimos, una alteración de su cotidianeidad de sumisión. (22)

Un rostro plural y marcadamente popular caracteriza al Movimiento de Mujeres latinoamericanas. El proceso de construcción de la identidad de género en el interior de este mosaico requiere dar cuenta de los contextos de clase, edad, razas, regiones y culturas específicas que las determinan. Implica considerar la marginación particular de la mujer campesina, el racismo que sufre la mujer negra, el aislamiento de la mujer de clase media, la opresión cultural de la mujer india, la discriminación de la mujer joven, la sobreexplotación de la mujer obrera, para que la categoría *"mujer"* no se convierta en una abstracción teórica y políticamente estéril.

Lo anterior plantea al Movimiento de Mujeres y a la propuesta feminista varios retos en el momento actual. Uno de ellos es consolidar el recién iniciado encuentro entre el feminismo organizado y el movimiento popular femenino, superando armónicamente las carencias y deficiencias que surgen en las prácticas cotidianas de estos colectivos cuando se desarrollan aislados el uno del otro.

Efectivamente, los grupos feministas autónomos en América Latina han tendido a construir espacios reducidos de mujeres como instancia imprescindible para el asentamiento de una nueva identidad. En estos espacios, exclusivos y excluyentes, a menudo se genera una hermandad contradictoria: al tiempo que se ensalzan las relaciones horizontales germinan las posiciones caudillistas; por otra parte, su ghetización les ha alejado de los espacios del poder público y de las mujeres de otros sectores sociales, por lo que su elaboración teórica puede llegar a resultar superficial

de la realidad de la mayoría de las mujeres. También deben sortear el peligro de la dependencia de las fuentes exteriores de financiamiento para existir como espacio feminista. En América Latina, la militancia en el feminismo se ha convertido en muchos casos en una profesionalización inseparable de la condición de asalariada de un centro (autotitulado) feminista, desdibujándose las acciones que se cumplen en tanto que militantes feministas o profesionales remuneradas. *"La militancia feminista rentada llega a tener límites ambiguos entre las acciones "profesionales" y las "doctrinarias" ". (23)*

Por otro lado, las organizaciones popular femeninas centradas en las luchas por la subsistencia a nivel barrial corren el riesgo de limitarse a prácticas asistencialistas que si bien pueden llegar a resolver coyunturalmente problemas urgentes vinculados al bienestar familiar, no siempre se amalgaman consistentemente con otras acciones de *"lo público"* y al no hacerlo, la dimensión política de lo cotidiano no se articula con los otros espacios tradicionales de la lucha política y el poder, acentuando la falsa dicotomía de que el poder político es un discurso de hombres y la esfera doméstica y la calidad de vida un escenario de mujeres, en sí mismo tradicionalmente subvaluado. (24)

El IV Encuentro Feminista en México expresó la amplitud y diversidad de los espacios desde los que las mujeres latinoamericanas cuestionan, demandan, proponen. Allí mil quinientas mujeres, feministas de grupos autónomos, feministas de partidos políticos, de comunidades cristianas de base, de organizaciones populares y campesinas, feministas de países en guerra permanente como los centroamericanos, feministas sindicalistas, pacifistas, etc. evidenciaron y reconocieron las diferentes vertientes que nutren la fuerza política del feminismo en América Latina. Como señala Vargas *"cada vez más mujeres aportan a la erosión cotidiana de las relaciones de género desde sus espacios de acción, lo que nos muestra que no existe una forma única de ser feminista ni de construir el movimiento feminista". (25)*

En estrecha relación con el *"nudo"* de la estrategia de crecimiento del

feminismo, o lo que es lo mismo, de la construcción de la identidad de género en el movimiento de mujeres, otro debate importante se viene planteando alrededor de las formas de *"hacer política"* de las mujeres. Y aquí el aporte más significativo sigue siendo el de Julieta Kirkwood. Ella plantea que, desde un enfoque feminista, lo fundamental no es determinar qué o cuánto les falta a las mujeres para incorporarse a una política que *"ya está en marcha"* y predeterminada, *"a la que simplemente habríamos de sumarnos las mujeres —aún con el discurso de la "especificidad"— y apoyarla, también, con conductas políticamente predefinidas. No se trata de preguntarnos tan sólo cómo se incorporan las mujeres —o cómo no se incorporan— a la política vía su conducta electoral, inserción en partidos políticos o movimientos; en organizaciones societales comunales o vecinales, sino que la cuestión es apuntar a cuál es la dimensión política que le corresponde a la naturaleza de la alienación que la mujer, en cuanto tal, padece en la sociedad humana"*.

Según esta propuesta, *"hacer política desde las mujeres"* supone desarrollar prácticas sociales orientadas a confrontar las formas de poder que se ejercen sobre ellas en todos los ámbitos. Concebida como el "acto de negación" permanente de los mecanismos que se oponen a la liberación de las mujeres, Kirkwood esboza algunos de los contenidos de la praxis política feminista:

— Negación de la existencia de dos áreas de experiencia y actividad humana excluyentes y separadas: pública y privada, en tanto que encubren clases cerradas e irreductibles de actividades en virtud de géneros masculino y femenino.

— Negación de la condición de *"improductiva"*, de *"no trabajo"* atribuida a las mujeres en su rol de reproductoras individuales de la fuerza colectiva de trabajo.

— Negación de la situación de *"dependencia"* que como grupo socio-cultural sufren las mujeres en los ámbitos cívico, políticos, económicos,

sexuales y psicológicos.

— Negación de la condición de "*alteridad*", de "*objeto*" y de "*secundariedad*".

— Negación de la "*atemporalidad*" real o atribuida a las reivindicaciones feministas (y que se expresa en que no encuentren "*huecos*" en la demanda política concreta, hoy).

— Negación del aislamiento, de la atomización e "*individualización*" de los problemas de las mujeres y consecuente afirmación del "*nosotras*". (26)

Desde una década, importantes grupos de mujeres en América Latina y el Caribe enfrentan en sus práctica social y política los obstáculos que el "*orden social*" pone a la satisfacción de sus sueños colectivos. Sorteando conflictos individuales, familiares y sociales hacen pública una existencia cargada de trabajo, responsabilidades y afectos. Construyen con creatividad e imaginación los primeros peldaños que harán posible la utopía feminista en el continente.

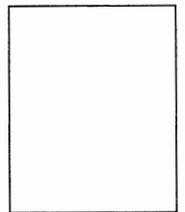
NOTAS

- (1) Citado en **Claudia von Werlhof**: *"Unidas como una bandada de águilas furiosas... Luchas femeninas y machismo en América Latina"*. En *Sociedad, Subordinación y Feminismo*. Magdalena León, editora. ACEP. Colombia. 1982.
- (2) En este capítulo y el siguiente seguimos los trabajos de:
 - Teresita de Barbieri y Orlandina de Oliveira**: *"La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis"*. México. 1985. Mimeo.
 - Comité de Investigación sobre la Mujer y la Sociedad: *"Documento preliminar sobre el decenio de la Mujer y el Desarrollo"*. México. 1985. Mimeo.
 - Marianne Schmink**: *"La mujer en la economía urbana de América Latina"*. En *Sociedad, Subordinación y Feminismo*. ACEP. Colombia. 1982.
 - Helen I. Safa**: *"La mujer en América Latina: el impacto del cambio socio-económico"*. Centro de Estudios Latinoamericanos. Universidad de Florida. Estados Unidos. s/f. Mimeo.
 - Dagman Raczynski y Claudia Serrano**: *"Vivir la pobreza. Testimonio de mujeres"*. PISPAL-CIEPLAN. Chile. 1985.
 - Alejandra Massolo**: *"Las mujeres en los movimientos sociales urbanos de la ciudad de México."*. Revista Iztapalapa. México. 1983.
- (3) Sobre las organizaciones femeninas de principios de siglo en América Latina véase **Sara Seifchovich**: *"América Latina: la mujer en lucha"*. FEM. México. 1980.
- (4) FEM, número 12. México. 1980. pág. 13
- (5) **Gloria Ardaya**: *"La mujer en la lucha del pueblo Boliviano: las Barzolas y el Comité de Amas de Casa"*. Revista Nueva Sociedad. Venezuela. 1983.
- (6) FEM, ob. cit. pág. 16.
- (7) **Alejandra Massolo y Lucía Díaz Rønner**: *"Consumo y lucha urbana en la ciudad de México: las mujeres protagonistas"*. Universidad Autónoma de México. México. 1985.
Clara M. Brugada: *"La mujer en la lucha urbana y el Estado"*. México. 1985. Mimeo.
- (8) **Eva Alterman Blay**: *"Mujeres y movimientos sociales urbanos en Brasil: amnistía, costo de vida y guarderías"*. Revista Habitación. México. 1981.
- (9) **Virginia Vargas**: *"Las mujeres en movimiento (o de cómo somos políticas las mujeres)"*. Perú. 1985. Mimeo.
Dora Rapold: *"Movilizaciones femeninas: un ensayo teórico sobre sus condiciones y orígenes"*. Revista Nueva Antropología. México. 1986.
María del Carmen Feijoo: *"Las mujeres en los barrios: de los asuntos locales a los problemas de género"*. En *La mujer del sector popular urbano*. CIPAF. República Dominicana. 1986.
- (10) **Fanny Tabak**: *"Movimientos sociais no Brasil e participacao feminina"*. Revista Desarrollo. España. 1985.
- (11) **Julietta Kirkwood**: *"El feminismo como negación del autoritarismo"*. Revista Nueva Sociedad. Venezuela. 1984.

- (12) **Piera Paola Oria:** *"De la casa a la plaza"*. Ed. Nueva América. Argentina. 1987.
Natacha Molina: *"Lo femenino y lo democrático en el Chile de hoy"*. Ed. Vector. Chile. 1986.
- (13) Mas desarrollada la idea en FEM, op. cit. pág. 19.
- (14) **Adriana Muñoz Dálbora:** *"Fuerza feminista y democracia. Utopía a realizar"*. Ed. Vector. Chile. 1987.
- (15) En este apartado nos basamos en:
 –**Heather Dashner:** *"América Latina, mujeres en desafío"*. Ed. PST. Uruguay. 1987.
 –**Teresita de Barbieri y Orlandina de Oliveira:** *"Nuevos sujetos sociales: la presencia de las mujeres en América Latina"*. Revista Nueva Antropología. México. 1986.
 –**Maxine Molyneux:** *"¿Movilización sin emancipación?. Intereses de la mujer, el Estado y la Revolución: el caso de Nicaragua"*. En la transición Difícil: la autodeterminación de los pequeños países periféricos. Ed. Siglo XXI. México. 1986.
 –**Clara Murguialday:** *"Diez años de lucha de las mujeres nicaragüenses: una brecha en el muro del machismo"*. Terra Nuova Forum. Italia. 1988
- (16) **Ana Criquillon:** *"Acabamos con el mito del sexo débil"*. Terra Nuova Forum. Italia. 1988
- (17) **Ana María Portugal:** *"Qué es ser feminista en América Latina?"*. Revista ISIS, número 5. Chile. 1986.
- (18) En este apartado seguimos a:
 –**Julietta Kirkwood:** *"Ser política en Chile"*. FLACSO. Chile. 1986.
 –**Teresita de Barbieri:** *"Movimientos feministas"*. Cuadernos Universitarios. México. 1986.
 –**Magali Pineda:** *"Feminismo latinoamericano: un desafío múltiple"*. Revista ISIS, número 5. Chile. 1986.
 –**Varias:** *"Y así va creciendo... el feminismo en Chile"*. Revista ISIS cit.
 –**Roxanna Carrillo:** *"Centros de mujeres, espacios de mujeres"*. Revista ISIS cit.
 –**Virginia Vargas:** *"Movimiento feminista en Perú: balance y perspectivas"*. Perú. 1984. Mimeo.
 –**Rocío Palomino:** *"El discreto desencanto. Una mirada al feminismo realmente existente"*. Perú. 1987.
 –**Itziar Lozano y Maruja González:** *"Feminismo y movimiento popular: ¿Desencuentro o relación histórica?"*. Ed. EMAS Y CIDHAL. México. 1987.
 –**Margarita Cordero:** *"La mujer política y el feminismo"*. Costa Rica. 1984. Mimeo.
 –**Julietta Kirkwood:** *"Feministas y Políticas"*. Revista Nueva Sociedad. Venezuela. 1985.
 –**Maruja Barrig:** *"Democracia emergente y movimiento de mujeres"*. En movimientos sociales y Democracia: la fundación de un nuevo orden. Eduardo Ballón editor. Ed. BESCO. Perú. 1986.
 –**Elizabeth Souza Lobo:** *"Las feministas, los feminismos y el Estado"*. Revista ISIS.

1987.

- (19) **Virginia Vargas:** *"El aporte de la rebeldía de las mujeres"*. En *Feminismo y Movimientos Populares*. Ed. EMAS, CIDHAL y otras. México. 1987.
- (20) **Virginia Vargas:** *"Movimiento de mujeres en América Latina: un reto para el análisis y para la acción"*. Revista ISIS número 9. Chile. 1988.
- (21) **Idem**, pág. 84.
- (22) **María del Carmen Feljoo**, op. cit. pág. 54.
- (23) **Maruja Barrig**, op. cit. pág. 162.
- (24) **Idem**, pág. 51.
- (25) **Virginia Vargas:** *"Movimiento de mujeres..."* pág. 89.
- (26) **Julleta Kirkwood:** *"El feminismo como negación..."* pág. 120.



Centro de documentación e investigaciones sobre países en desarrollo

Facultad de Ciencias Económicas
Avenida del Ejército, 83
Tfnos. 447 35 12 - 447 16 08
48015 BILBAO

Izen-deiturak
Nombre y apellidos

Helbidea
Dirección

Herria P.B. Telefonoa
Población D.P. Teléfono

Jaioteguna Lanbidea
Fecha nacimiento Profesión

NAN zbk. Kuota Hileko/Pzt.
DNI n.º Cuota Ptas/mes. (*)

Ordainbidea: BANKU-HELBIDERATZEA
Sistema de pago: DOMICILIACION BANCARIA

(*) Adieraz bedi ordainketa hiru, sei ala hamabi hilabetero egingo den.
(*) Indicar si el pago es trimestral, semestral o anual.

Sr. Director:

Le agradecería que con cargo a mi cuenta/libreta atiendan hasta nueva orden el recibo que les presentará *hegoa*, por el pago de la cuota como socio.

Zuzendari Jn.:

Eskertu egingo nizueke, *hegoak* bertako kidea naizelako aurkeztuko dizuen errizibogindu berezia ordainduko bazenute, neure kontutik.

Izen-deiturak
Nombre y apellidos

Bankua/Kutxa Agentzia
Banco/Caja Agencia

Kontu/Libreta Zbk
N.º Cuenta/Libreta

Helbidea
Dirección

Herria P.B. Herrialdea
Población C.P. Provincia

Data/Fecha

Sinadura/Firma

Data/Fecha

Sinadura/Firma